

ORACIÓN

Señor Jesucristo, nos diste tu Palabra, y quisiste permanecer para siempre con los tuyos y nos regalaste tu presencia en el Pan y en el Vino, concédenos:

- reconocerte y adorarte en esos signos de tu amor,
- y alimentarnos de la mesa de tu Palabra y de la mesa de Pan y de vino que nos fortalecen y nos realimentan para el caminar de nuestra vida.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

TEXTO

LUCAS 12,1-21

«¹²En esto, habiéndose aglomerado **la muchedumbre, a millares, hasta el punto de pisarse unos a otros**, comenzó a decir a **sus discípulos**: “Lo primero, guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.”

²Pero no hay nada velado que no vaya a ser desvelado y nada secreto que no vaya a ser conocido. ³Mediante lo cual, todo lo que en la oscuridad dijistéis, a pleno día será oído, y lo que hablastéis al oído en las bodegas, será proclamado en los tejados.

⁴Pero os digo, mis amigos, que no temáis a los que matan el cuerpo y, después de eso, no pueden hacer nada más.

⁵Pero os mostraré a quién hay que temer: temed al que, después de haber matado, tiene la autoridad de echar en la gehenna. Sí, os digo, a ese temed.

⁶¿Acaso no se venden cinco gorriones por dos ases? Y ni uno de ellos está olvidado ante el rostro de Dios. ⁷Pero también los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis: valéis más que muchos gorriones.

⁸Pero os digo: a todo el que me confiese delante de los seres humanos, también **el Hijo del hombre** lo confesará ante los ángeles de Dios. ⁹Pero el que me reniegue ante el rostro de los seres humanos, será renegado ante el rostro de los ángeles de Dios. ¹⁰Y a todo el que diga una palabra contra **el Hijo del hombre**, le será perdonado. Pero al que haya blasfemado contra **el Espíritu santo**, no le será perdonado.

¹¹Pero cuando os traigan delante de las sinagogas **los jefes y las autoridades**, no os preocupéis por cómo defenderéis vuestra causa ni de lo que podréis decir; ¹²porque **el Espíritu santo** os enseñará en aquella hora lo que es necesario decir”.

¹³Pero **uno de entre la muchedumbre** le dijo: “**Maestro**, di a mi hermano que comparta la herencia conmigo”.

¹⁴Pero **él** le dijo: “¡Hombre!, ¿quién me ha establecido juez o repartidor entre vosotros?”.

¹⁵Pero les dijo: “Poned atención y guardaos de toda codicia, porque para alguien que está en la abundancia, su vida no depende de sus propios bienes”.

¹⁶Pero les dijo una parábola, diciendo: “La hacienda de un hombre rico prosperó.

¹⁷Y se decía en sí mismo diciendo: ‘¿Qué haré, porque no tengo donde almacenar mis productos’. ¹⁸Y dijo: ‘Esto haré: derribaré mis graneros y construiré más grandes y almacenaré allí todo mi trigo y mis bienes, ¹⁹y diré a mi alma: alma, tienes muchos bienes, almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, disfruta’.

²⁰Pero Dios le dijo: ‘Insensato, esta misma noche se te reclama tu alma. Entonces, lo que has preparado, ¿de quién será?’.

²¹Así [pasa] con el que atesora para sí mismo y no se enriquece para Dios”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (12,1-12)

- La gente ha presenciado el exorcismo (11,14). Se multiplicó cuando la petición de un signo (11,29). Aquí es tan numerosa que el gentío se aglomera y se aplastan unos a otros. A Lucas le gusta señalar cuantitativamente el éxito de Jesús. Comienza un nuevo discurso. La «levadura» es un término bíblico importante. El trocito de masa ya fermentada que, incorporado a la masa nueva, hace que fermente el pan era considerado como un elemento impuro; los panes sin levadura eran los únicos que se podían ofrecer a Dios en sacrificio, recordando la salida de Egipto, la prisa de los israelitas y el poder de Dios liberador. En la parábola de la levadura (13,20-21), Jesús, deseoso de sorprender a sus oyentes, recurrió a esta imagen negativa para expresar la realidad positiva del reino de Dios. Bajo la influencia de este uso inesperado, la piedad cristiana difundió esta connotación positiva de la levadura a lo largo de los siglos, de modo que a los lectores modernos les cuesta trabajo percibir la carga negativa que tiene este término en este lugar o en la pluma del apóstol Pablo (1Cor 5,6-8).
Se invita a los discípulos a guardarse de los fariseos, es decir, a evitar esa «levadura», para no contaminarse. Por «levadura» hay que entender aquí la que poseen los fariseos y no la que son los fariseos. La gente entonces podrá reunirse y crecer en el poder positivo del Evangelio y no bajo la influencia de la «levadura» de los fariseos.
- V. 2: En Lucas, la sentencia invita a los discípulos ante la gente a no actuar como los fariseos, cuya hipocresía quedará desenmascarada. Ellos no tienen nada que fingir. La transparencia evangélica es su mejor arma. Que no se dejen intimidar por las amenazas, ni desanimar por su propia insignificancia. Que no vacilen en proclamar lo que creen. Este es el sentido del v. 2.
- V. 3: Si la frase anterior no integraba a los discípulos más que implícitamente, ahora se les interpela expresamente («hayáis dicho»; «hayáis pronunciado»). Se trata de su palabra, sin duda de su proclamación evangélica. Lucas piensa primero en el carácter discreto del testimonio («en la oscuridad»); en la comunicación casi íntima del Evangelio; en las habitaciones. *Tameion* es una habitación sin ventanas, que puede cerrarse con llave; la «bodega», la «despensa», es el lugar más retirado de un apartamento, el «dormitorio», la «alcoba», la «celda»; a veces simplemente la «habitación». Aquí designa el interior y sugiere un testimonio casi secreto. Pues bien, este mensaje, prosigue Lucas, finalmente «será oído» (en sentido fuerte, el verbo puede significar no solamente «escuchar», «oír», sino sobre todo «comprender», «acoger», «aceptar», «obedecer»). Se trata ya ahora de la proclamación pública del Evangelio. Lucas se siente orgulloso de que la buena nueva haya salido de Palestina (Hch 26,26) para llegar al mundo entero.
Los tejados con terraza eran lugares de conversación y de proclamación (los oyentes estaban tanto en el techo como en la parte baja delante de la casa). Este versículo es para los oídos lo que el dicho de la lámpara era para la vista (11,33): el Evangelio tiene que ser proclamado en voz bien alta, proclamado a pleno día. Visible y audible: Dios, oculto y revelado en los verbos en pasiva, busca el éxito de esta empresa. Pero tiene necesidad de hombres y de mujeres, ya que el envío de su Hijo no se hace sin la proclamación apostólica. La proclamación evangélica tiene una fuerza que la hace invencible y finalmente victoriosa. Y esto a pesar de la debilidad de los humanos que intentan serle fieles y comunicarla lo mejor posible.
- Vv. 4-5: La introducción solemne y cordial acerca a Jesús a sus discípulos con una tonalidad casi joánica. Este afecto a la comunidad es más importante si se piensa en la agresividad y en la amenaza de los de fuera. Jesús, lleno de bondad y de autoridad, no abandona a sus discípulos en el momento de la decisión crucial. Les lanza una audaz exhortación: nuestra vida no se detiene en esta vida y Dios es más fuerte que nuestra muerte. Más fuerte que la muerte, el Dios de Lucas es también más peligroso que ella. Su amor, que pone un bozal a la muerte, va acompañado de su justicia. Con una imagen que Lucas saca del mundo religioso hebreo, Dios puede precipitar en la gehenna. Para seguir el camino que no conduce ni a la muerte física ni a la muerte eterna (la «segunda muerte» de Ap 2,11; 20,6.14; 21,8), el Jesús lucano propone una tercera vía: el temor del Señor que, en su sentido bíblico, corresponde al respeto, a la veneración y a la sumisión confiada.

- Vv. 6-7: Esta pequeña unidad contiene un dicho doble, un segundo ejemplo y una invitación. El primer ejemplo presupone un comercio de pájaros. El texto habla de «gorriones» y de «ases», moneda romana de bronce (el denario, que representaba generalmente el salario de una jornada de trabajo, se dividía en 16 ases; el as se dividía a su vez en 4 cuadrantes). La idea es que con un poco de dinero se obtienen muchos gorriones. Si el gorrion es barato, «vosotros», en contraste, valéis mucho más. Pues bien, Dios, cuyo poder y grandeza se ensalzan, no se olvida -se trata de una certeza de la fe judía que comparte el autor- de lo que es infinitamente pequeño a sus ojos, un gorrion. Consecuencia: como vosotros valéis mucho más, no tenéis por qué temer; Dios no se olvida de vosotros, particularmente en las persecuciones. Vale más decirlo ahora, ya que después del Gólgota podría dudarse de ello.
El ejemplo tan conocido de los cabellos confirma la providencia de Dios. Dios está atento a todos los detalles de la vida y, si el cristiano muere, es con el asentimiento de Dios.
- Vv. 8-9: El discurso prosigue y ofrece un estímulo a los discípulos asustados de las consecuencias de su compromiso. He aquí, en los vv. 8-9, dos sentencias paralelas en donde se oponen dos situaciones, que son como los dos caminos de Dt 30,15-20. El camino activo de la confesión conduce a la aprobación. El camino de la negación lleva al «no sé de dónde sois» (13,25). Lucas vuelve continuamente a este dualismo existencial. Lo recordaba con las imágenes de los dos árboles (6,43-44), la de los dos hombres (6,45) y las dos casas (6,47-49). Vuelve sobre él en las parábolas de los buenos y malos criados (12,36-40 y 13,23-28). Con estas enseñanzas, el Cristo lucano propone una opción, mostrando su valor con su afirmación (v. 8) y su contraste (v. 9).
Las dos sentencias hablan menos de Jesús o del Hijo del hombre que de la responsabilidad decisiva de los creyentes. Todo se juega aquí y ahora. Está prohibida la neutralidad. La adhesión presente a Jesús será decisiva para obtener la salvación.
- V. 10: En labios de Jesús, la sentencia tolera cierta incomprensión de su persona, pero condena todo desprecio relativo a los designios de Dios. Después de Pascua, el dicho absolvía a los que estaban engañados sobre la identidad del Jesús terreno, pero no toleraba ningún fallo respecto al mensaje evangélico, inspirado por el Espíritu santo. La «ignorancia» de los judíos (Hch 3,17), que había conducido a la muerte de Jesús, era perdonable; pero una vez emprendido el camino de la conversión, de la fe y de la inspiración, los cristianos no podían ya permitirse ninguna recaída. Todo cuestionamiento, desde entonces, sobre el designio salvífico de Dios no podía conducir más que a la condenación. La blasfemia contra el Espíritu santo es resistir al Espíritu de Dios, es decir, a la voluntad activa del Dios que salva. Lucas llama «palabra», «discurso» a las faltas perdonables; «blasfemia», a la actitud imperdonable; en efecto, la blasfemia es un ataque no solamente contra la santidad de Dios, sino sobre todo contra su actividad salvífica. Como se dice, el que se niega a comer muere. En términos más teológicos: el que rechaza la salvación no puede vivir.
- Vv. 11-12: Si el título «Hijo del hombre» sirvió de palabra-gancho entre los vv. 8-9 y el v. 10, la mención del Espíritu santo cumple esta misma función entre el v. 10 y los vv. 11-12. Todas estas sentencias se pronuncian sobre un fondo de persecuciones. La del v. 10 piensa en una negativa blasfemia; la de los vv. 11-12, en el instante que la precede, el del interrogatorio. Jesús promete el apoyo del Espíritu santo. El cuarto evangelio contiene las famosas secciones sobre el Paráclito. Se cita frecuentemente a Jn 14,26 como paralelo a nuestro pasaje: «el Paráclito, el Espíritu santo que el Padre enviará en mi nombre os enseñará (como en Lc 12,12) todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho». El pasaje joánico se inscribe sobre un fondo de ausencia del Hijo más que de persecuciones. La ayuda del Espíritu durante el proceso se asegura cuando los cristianos son perseguidos por las autoridades judías (cf. la palabra «sinagoga»). Esto corresponde a la situación del cristianismo entre los años 40 y 100. La suerte de los creyentes depende de las autoridades sinagogaes, bajo la influencia en aquella época de los fariseos. Es sabido que, tras la derrota del año 70 y la destrucción del templo, el judaísmo se reorganizó en torno a las sinagogas y aspiró a una mayor cohesión disciplinar. La duodécima de las *Dieciocho bendiciones*, antigua plegaria judía, pide el exterminio de los nazarenos y de los misteriosos *minim*. Esta petición se refiere a los cristianos y supone su excomunión del culto sinagogaal.
La lista prosigue con la mención de los magistrados y de las autoridades. Estas expresiones son vagas. «Magistrados» se refiere a las autoridades judías. Hay que pensar sin duda en el sanedrín de Jerusalén. En cuanto a las «autoridades», Lucas ve quizás en ellas al poder romano.

La segunda proposición (v. 11b) invita a hacer el vacío dentro de nosotros, es decir, a no preocuparnos; a dejar nuestros afanes en las manos de Dios, a no exagerar los peligros, a no dejarnos obnubilar por lo que es secundario, a no dejarnos llevar por una oleada de pesimismo. Esta actitud, que se propondrá y explicará en los vv. 22-32, implica una mirada distinta sobre la realidad y un repliegue sobre sí mismo. Va acompañada de serenidad, de un sentimiento de victoria y de un bienestar interior.

La tercera proposición (v. 12) es el polo positivo del polo negativo que representa la segunda. Al vacío responde la presencia. A la ignorancia, el saber. El texto no sugiere que no tengamos que reflexionar en el contenido de nuestra fe o en la expresión que tengamos que dar a nuestra defensa. Promete un apoyo afectivo y una formación. El Espíritu santo enseña a hablar, no habla él mismo. Diremos lo que tengamos que decir; el cómo y el qué se impondrán por sí mismos, «en aquel momento», «en esa misma hora».

Es esta una de las raras ocasiones en las que el evangelio de Lucas habla del Espíritu santo y una de las pocas veces en que lo pone en relación, no con Cristo, sino con los cristianos. Para Lucas, el Espíritu ofrecido a los creyentes representa la compañía de Cristo durante el tiempo de la Iglesia.

SEGUNDA UNIDAD (12,13-21)

- Los versículos que vamos a analizar expresan una paradoja. Por un lado, subrayan la importancia de la palabra (está aquí omnipresente el verbo «decir»). Por otro, ilustran la dificultad que supone comprender el punto de vista del otro y los peligros, a veces mortales, de un repliegue sobre sí mismo. La paradoja es común a los dos episodios, vv. 13-15 y vv. 16-21, por eso los consideramos como unidad.
- Vv. 13-14: ¿Qué es lo que movió a aquel hombre a dirigirse a Jesús? ¿Por qué razones conservaron los cristianos el recuerdo de este incidente? El derecho hebreo regulaba las sucesiones de la siguiente manera: la herencia de un hombre era concebida como un todo. Si el derecho preveía un reparto entre los herederos, la norma ideal sugería que se conservase la herencia intacta mediante una vida en común de los herederos, que es lo que la Biblia llama «vivir juntos» o «vivir entre hermanos». Esta solución, lógica en una existencia de nómadas, se seguía practicando en una sociedad de sedentarios. El salmo 132 (133) recuerda este ideal de vida común: «¡Qué agradable y delicioso es que vivan juntos los hermanos!». El Testamento de Zabulón confirma su supervivencia: los ríos que se subdividen en arroyos demasiado numerosos desaparecen en la tierra. «Así pasará con vosotros, si estáis divididos. Por tanto, no os dividáis en dos cabezas, ya que todo lo que ha hecho el Señor tiene una sola cabeza; él ha dado dos hombros, dos manos, dos pies, pero todos los miembros obedecen a una sola cabeza». Esta concepción de la propiedad y de la herencia no significaba un comunismo integral. Se preveían ciertos repartos, pero se procuraba no realizarlos prácticamente. El hijo mayor gozaba en particular del derecho de primogenitura. Recibía el doble de sus hermanos, en particular de los bienes inmuebles, pero en contrapartida tenía que atender al mantenimiento de la viuda o de las viudas, así como de las hijas que habían quedado solteras. Aunque no estaba bien visto, uno de los hijos podía pedir en cualquier momento que se efectuase en concreto la separación de bienes: es lo que ocurre en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,12). La historia de Lucas se inserta, por tanto, en el contexto judío de la Palestina del siglo I.
Jesús se niega a decidir. El vocativo «hombre» lleva quizás el sello del descontento del Maestro y anuncia ya el tenor de sus palabras. La pregunta retórica que viene a continuación indica que Jesús no se cree investido por Dios de esta misión. Tiene gran importancia el vocabulario del reparto («repartir», v. 13; «repartidor», v. 14). A los ojos de Lucas, hay diversos repartos. Lo que el hombre desea es un reparto en su propio provecho: en el fondo, una división del botín. El evangelio que Jesús propone es también una herencia, pero una herencia que se comparte distribuyéndola entre los demás (cf. vv. 33-34), poniendo así en práctica el mandamiento del amor al prójimo (10,25-37). Participar del Reino es saber repartir nuestras rentas y nuestros bienes. En resumen, Jesús niega una justicia humana que no vaya ligada al orden del Reino y critica una relación con la propiedad que, por avaricia, prescinda del prójimo. Una herencia es una realidad demasiado hermosa para que, desconectada de la herencia escatológica, despierte la ambición y provoque la división. Jesús quiere que se comparta, no que se divida.
- V. 15: Se parece al v. 1. Si entonces se trataba de protegerse de «la hipocresía», aquí hay que guardarse de «toda codicia». Dos verbos no son demasiado para incitar a la prudencia: «poned atención», lit. «ved», y «guardaos», imperativos presentes, que invitan por tanto a la vigilancia en cada instante. «Codicia» es el deseo de tener más

que los demás, bajo la forma de posesiones o de privilegios. El doble imperativo se justifica a continuación («porque»). Su sentido es claro: «porque, para uno que está en la abundancia, la vida no depende de sus propios bienes». Detrás de la «codicia» se esconde un miedo que nos hace acumular más de lo que tienen los otros y más de lo que se necesita para vivir. Y tras este miedo, hay una convicción errónea: a saber, que el ser depende del tener y, más grave todavía, que la vida se mantiene y desafía a la muerte, por la voluntad de referirlo todo a nosotros mismos. Como si nuestra vida no encontrase y recobrase su aliento más que en nuestros bienes. De ahí la virulencia de la réplica de Jesús.

Cuando los cristianos están motivados por el reino de Dios y no por el miedo a que les falte algo, adquieren una relación justa con el dinero. Saben que les es indispensable un mínimo vital, aunque solo sea para ser testigos del Evangelio, pero disponen libremente de lo demás. Tampoco se olvidan -y los dos ejemplos de nuestra perícopa están allí para recordárselo- que *lo superfluo tiene la tendencia funesta a parecer indispensable*.

- Vv. 16-17: Tras una breve presentación de la situación floreciente de sus negocios, el propietario de la finca nos confía sus debates interiores. En literatura, el monólogo interior tiene la función de desvelar el carácter de un personaje, sus preocupaciones o sus intenciones. De él surge la cuestión significativa: «¿qué haré?» o «¿qué haría?».
- V. 18: Tras la pregunta y la vacilación, he aquí el resultado de la reflexión: la respuesta y la decisión (obsérvese el futuro: «he aquí lo que haré»). Nada malo todavía. El pecado no está en lo de fuera, en la naturaleza creada por Dios ni en el cultivo de los campos que llevan a cabo los humanos. *Se trata de lo de dentro*; de manera que la parábola ilustra una sentencia del sermón en el llano: «El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien; y el malo, de su mal tesoro, saca el mal; porque es de la abundancia de su corazón de lo que habla la boca» (6,45). El fracaso del proyecto humano confirmará la intención culpable. El personaje simboliza la actitud que no hay que adoptar. Arrastrado por la lógica de la ganancia, desea coronar el éxito de su empresa agrandando sus almacenes. Aquí es donde ha escogido mal y donde manifiesta su naturaleza pecadora. Debería haber respondido con el don y no con el acaparamiento. Mientras Dios da, él se niega a compartir.
- V. 19: Al terminar su monólogo, nuestro hombre piensa en un porvenir risueño. Tras el trabajo de producción (v. 16) y luego de almacenaje (v. 18), da por descontado que vendrá un descanso hedonista y narcisista. No se menciona más que al propietario. No comprende que, al replegarse sobre sí mismo y al prescindir de un verdadero diálogo con los demás, se queda en un mundo falso.
- V. 20: Llega la sorpresa, el diálogo inesperado, el interlocutor con el que debería haber contado el rico propietario. En su cerrazón, era ese el diálogo que había olvidado. Lo mismo que había hecho Jesús con el heredero anónimo (v. 14), el Dios de la parábola no se va por las ramas: «Insensato», tal es el vocativo inicial. Hay que sumergirse en la sabiduría hebrea para comprender de qué demencia se trata. Porque la lógica económica y luego la lógica hedonista no carecían de sabiduría. ¿Dónde está la locura? El *carpe diem* ¿no es en este mundo ruin y en esta breve existencia la última palabra de los negocios? Pero eso es olvidar la ética, olvidar el temor de Dios e ignorar la desgracia de los demás. El Dios de Lucas es bueno; su «eudokía» (10,21) conduce a la «euphoría» (12,16), su benevolencia al bienestar. Pero a esta felicidad ofrecida tiene que corresponder una actitud evangélica. De lo contrario, el Dios de los beneficios, si son mal administrados, se convierte en el Dios de los castigos. Hay olvidos irreparables, lo mismo que hay apegos culpables. La sentencia, tan escueta como la de un tribunal, menciona las dos únicas realidades que contaban a los ojos de aquel rico por un día: su pretendida «alma», es decir, él mismo, y sus bienes que había preparado cuidadosamente. Todo va a pasar entonces demasiado aprisa, en palabras del Dios mensajero y profeta de desdichas. Esto ocurrirá «esta misma noche». ¡Adiós «los años numerosos» (v. 19)! «Ellos», impersonal terrible, como los agentes de la policía secreta, designa sin duda a los ángeles de la muerte. Le reclamarán lo que no había sido más que un préstamo: «su alma», es decir, esta vida, este aliento vital que dejará de serlo. En cuanto a sus bienes, ¿a quiénes les tocarán? La pregunta retórica conoce al menos una respuesta implícita: ¡en todo caso, no serán para ti!
He aquí la parábola. La historia de un mal ejemplo, del que se conocen muchos paralelos, desde Séneca hasta los cuentos de las Mil y una noches. La parábola tiene una orientación ética. Considera la vida como un todo, del que el hombre no es propietario, sino responsable. El Dios que allí se manifiesta no es un tirano o un juez inicuo,

sino el Dios bueno de la creación y de la providencia que, por respeto a sus criaturas, espera de ellas una vida responsable, al servicio de los demás y de su gloria. En todo caso, el mensaje de estos versículos compromete al lector a construir su vida teniendo en cuenta la muerte, es decir, a definir su identidad en relación con Dios. El verdadero *memento mori*, «acuérdate de que has de morir», al que nos invita la parábola, consiste en preocuparse de Dios y del prójimo (10,25-37), en dar y en darse, ya que es así como se recibe y como se es recibido; en términos lucanos, consiste en poner nuestro tesoro en el cielo, en enriquecernos en Dios.

Lucas admite que el hombre y la mujer aspiran al bienestar. Esta es su antropología. Pero hay dos maneras de almacenar, de cosechar, de atesorar; una tiene un sentido negativo y otra un sentido positivo. La primera manera es interesada: *acumula para sí mismo*, sean cuales fueren los bienes. La segunda manera es desinteresada: acumula también, pero «para Dios» (el dinero distribuido y el amor que esto representa).

- El v. 21 es secundario. Nació de una exigencia, la de dar una moraleja a la parábola.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?